

NOVENA
A LA VIRGEN DE MONTIEL

(Del 19 al 27 de septiembre de 2014)

Juan Antonio Vives Aguilera

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
1 ^{er} día MARÍA, MADRE DE DIOS	5
2 ^o día AMOR A LA MEDIDA	9
3 ^{er} día FORTALEZA DEL AMOR	13
4 ^o día EL SANO ORGULLO DE UNA MADRE	17
5 ^o día AMOR INCONDICIONAL	22
6 ^o día TODO AMOR ES MISERICORDIA	27
7 ^o día EL AMOR VENCE A LA MUERTE	33
8 ^o día MADRE DE LA IGLESIA.....	38
9 ^o día LOS LAZOS DEL AMOR	45

PRESENTACIÓN

* Un año más, iniciamos esta *Novena* como preludio de la despedida de nuestra Madre, la *Virgen de Montiel*, que dentro de unos días –el 28–, siguiendo una centenaria tradición dejará su residencia aquí –en el templo parroquial– para trasladarse de nuevo a su Santuario ubicado en la colina del monte que domina vuestra población.

* Y en esta ocasión quisiera dar a este novenario un toque especial de *alegría*.

No hace aún un año –lo hará el 24 de noviembre–, el Papa Francisco, que no deja de sorprendernos por su candor personal y por la frescura evangélica y sencillez de su mensaje, publicó la Exhortación *Evangelii Gaudium* –la *Alegría del Evangelio*– y nos invitaba a todos los cristianos a vivir nuestra fe, *no* al estilo de quienes muestran en su semblante una *Cuaresma sin Pascua*, sino, por el contrario con la *alegría y el gozo* de quienes creen en la *vida nueva*, en la *resurrección*, y esperan, en consecuencia, la transformación y *renovación de las personas* y de las *estructuras sociales opresoras y de muerte*.

Con el propósito de resaltar este mensaje de la alegría, el Papa Francisco traía en su escrito distintas citas de la Biblia, y entre ellas hay una –la de Sofonías– que presenta a Dios “como alguien que da saltos de alegría por el hombre renovado con su amor” y que incluso “baila en su honor con gritos de júbilo” (Sof. 3, 17).

Y si bien es cierto que “Dios baila de alegría”, también la Virgen –como se encarga de recoger San Lucas en su evangelio– baila, llegado el momento, y acompaña su danza exclamando: “mi ser se estremece –exulta y salta– de alegría en Dios” (Lc. 1, 47). Y no sólo se alegra y exulta ella personalmente, sino que alegra a quienes con ella se relacionan, consiguiendo, por ejemplo transmitir su alegría a su prima Isabel y provocando también que el niño que ésta llevaba en su vientre “diera saltos de gozo” (Lc. 1, 41 y 43).

Con estos sentimientos, pues, de *alegría*, convertidos en paradigma en la persona del mismo Dios y de María, su Madre a quien queremos recordar y venerar en nuestro afecto filial, como hijos de Benaguacil, comenzamos esta *Novena*.

1^{er} día / 19 septiembre 2014

MARÍA, MADRE DE DIOS

* Lo primero que quiero resaltar en la figura de María es precisamente su maternidad, pues es éste el gran título mariano, del que surgen con espontaneidad todas sus otras prerrogativas: Inmaculada, Virginidad, Asunción...

Y es este también el título que distingue a “vuestra” Patrona, *Nuestra Señora de Montiel*. Ella es, ante todo y sobre todo, MADRE. Una Madre que aparece en su representación iconográfica, mostrando, con *satisfacción y sano orgullo*, a todo aquel que se acerca a ella, a su *hijo*, a quien sostiene sentado en su *brazo derecho*.

Con todo –y siendo esta prerrogativa de la *maternidad* el primer y principal distintivo de la vocación de la *Virgen*, a ella no le resultó fácil aceptarla.

* María se había desposado con José y seguramente *se había hecho a la idea* de vivir como un matrimonio más de la época. Un matrimonio de gente sencilla, trabajadora, sin grandes pretensiones....

* Pero los planes de Dios eran bien distintos. En ellos estaba previsto que María no dejaría de ser *pobre y sencilla*, pero tendría una *misión que la convertiría* en algo extraordinario. Una misión que la convertiría, *nada más ni nada menos*, que en la madre del *Mesías* esperado por *Israel*. De ser una *esposa y madre anónima*, pasaría a ser la *madre del gran esperado, del gran libertador*...

* Y la aceptación de estos *planes* que ella, ni tan siquiera había soñado, no debió de resultarle fácil.

* A todos nos cuesta *romper nuestros esquemas de vida*...

* A todos nos ha costado pasar de *nuestros sueños jóvenes*, a las *realidades posteriores*.

* ¿Quién de nosotros no ha sufrido el desgarró interior que supone, renunciar a lo que uno había proyectado para su vida y aceptar lo que la vida misma le ha ido proponiendo?

* Ése, –pero vivido con caracteres verdaderamente dramáticos– es el desgarró que supuso para María aceptar ser la *Madre de Jesús*.

* El evangelio de Lucas –el gran narrador de la infancia de Cristo– nos lo describe con todo detalle (cf. Lc. 1, 26-38):

- El ángel la invita a *alegrarse*, pero ella permanece *desconcertada*...
- Al desconcierto siguen las *disculpas* y las *evasivas*: ¿Cómo será eso, pues no conozco varón?
- El momento culminante está en el *fiat*. Es la gran aceptación.

* Posteriormente la vida de María fue una constante *renovación de esa aceptación*, viviendo *con fidelidad* su vocación de Madre. (*Es algo de lo que precisamente iremos viendo en estos días de la Novena*).

* Al final de la vida de Cristo, se produce sin embargo otro hecho que hace que María *asuma con renovado vigor su vocación de Madre*. El evangelista que esta vez nos cuenta el hecho es San Juan, en el conocido relato de *María al pie de la Cruz* (Jn. 19, 25-27):

- *Mujer ahí tienes a tu hijo.*
- *Hijo, ahí tienes a tu madre.*

* Son las palabras testamentarias de Jesús. Jesús entrega lo más querido que tenía.

* Para María *este testamento* supone *agrandar su maternidad*. Ya no es sólo la *Madre de Cristo*, sino la *Madre de toda la humanidad* redimida en Cristo.

* Y esta *maternidad universal* se ha ido perpetuando a través de la historia, de *forma extraordinaria* a través de las *apariciones*. Y entre ellas hoy no podemos por menos que recordar de modo eminente la que se produjo aquí, en este lugar, en 1620 y que, desde entonces, ha marcado con un tono especial la historia de esta población.

* La aparición muestra, por parte de María, su *voluntad* de estar presente de un modo particular en medio de este pueblo y ejercer con él su *protección maternal**. Una protección que se ha hecho especialmente presente a lo largo del tiempo en los numerosos *hechos extraordinarios* que se han producido por su intercesión.

- Lluvia extraordinaria cuando es devuelta al pueblo la imagen que el bayle Francisco Crespo se había llevado a Valencia (al entrar de nuevo en el pueblo).
- Protección frente a la epidemia de 1794 y 1795 (2ª Ermita).

* Pero junto a esa voluntad de la Madre por *estar junto a sus hijos*, hay que contemplar también la voluntad de este pueblo *por recibirla en su casa*, como un día S. Juan. (Y esta voluntad se manifiesta):

- Fuerza con que exigieron el regreso de la imagen.
- Construcción de la Ermita.

* Caso de cómo desaparecía de las manos y el morral del pastor Graciano que se la quería llevar consigo (trashumancia).

- Estas fiestas en que la Virgen baja a “su” pueblo, entre el fervor de sus gentes, y es devuelta procesionalmente a su sede de Montiel, con emoción contenida y después de haberse despedido filialmente de ella con esta *Novena* que hoy hemos comenzado.

2º día / 20 septiembre 2014

AMOR A LA MEDIDA

* Ayer meditábamos cómo María aceptó ser *madre del Hijo de Dios* y cómo rompiendo sus planes, se adhirió al plan de Dios, mediante su *fiat*.

* Hoy, queremos arrancar nuestra reflexión de aquel mismo *fiat* que María pronunció ante el ángel y que se convirtió después en una *constante en su vida*. Toda la *vida* de la Virgen es ya *un sí al querer de Dios*.

* Ese *sí*, sin embargo tiene, en el arco de poco tiempo, otras *dos expresiones significativas* que se le unen armónicamente. Una de ellas es el *Magnificat* –esa preciosa oración que la Virgen pronuncia ante su prima Isabel a los pocos días de la Anunciación–.

* Recordemos cómo fue: María, tan pronto como la dejó el ángel *Gabriel*, se pone en camino para visitar y ayudar a su prima Isabel –ya de edad– que estaba embarazada de seis meses de quien con el tiempo sería el Precursor del Señor, *Juan el Bautista*. Al llegar, Isabel encadena toda una serie de “piropos”: *Bendita tú... bendito el fruto ¿de dónde a mí que venga la madre de mi Señor...? Feliz porque has creído* (Lc. 1, 42-56). A tales alabanzas, María responde entonando el *Magnificat*, un himno en el que su *fiat* de la Anunciación se hace poesía y canción y en el que, con sublime *naturalidad* atribuye a Dios el *protagonismo* de todas aquellas maravillas que su prima había proclamado en ella:

– *Engrandece mi alma al Señor* –dice– porque *ha mirado la humillación* de su esclava... .

- ...porque su *misericordia* llega de generación en generación... .
- ...porque *derribó a los potentados* y soberbios y exaltó a los humildes.
- ...porque *colmó de bienes a los pobres* y dejó sin nada a los ricos... .

* Transcurrido, más o menos, medio año del hecho anterior, encontramos en la vida de María otro momento de singular importancia en el que su fiat, su adhesión a Dios, adquiere de nuevo una especial y muy *significativa* expresión.

Se trata ahora del momento en que María y José presentan al Niño Jesús al Templo. Allí escucha las proféticas palabras del anciano Simeón: (Lc. 2, 33-35).

– *Este niño está puesto para caída y elevación de muchos y para ser señal de contradicción, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos. Y a ti, una espada te traspasará... .*

* Es un momento terrible el que María vive en el templo. Si en Nazareth, con el anuncio del ángel, tuvo que dejar a un lado sus proyectos personales para aceptar plenamente lo que Dios quería de ella, ahora se le pide que *acepte* la dura vocación que le está reservada a su hijo, una vocación que hará de su vida **no** “*un camino de rosas*”, sino un “*via crucis*”.

Fue muy dura aquella experiencia. Yo me atrevería a decir que mucho más que la vivida en Nazareth. A una *madre* le resulta siempre más fácil renunciar a sus *propios planes* e incluso a su *propia vida* que aceptar para su hijo una vida de dolor y sufrimiento.

María, a pesar del intenso dolor que el produce el *conocer el futuro* de su Hijo se mantiene de nuevo firme en seguir la vocación que Dios quiere de ella y se limita, como dice el propio San Lucas, a *conservar cuidadosamente todo aquello en su corazón* (Lc. 2, 51), es decir, se limita *a amar*, se limita a *querer a su hijo “tal cual estaba llamado a ser”*, dejando a un lado “lo que ella misma había soñado para él”.

* Y esta es precisamente la gran lección de la Virgen-Madre que yo quisiera dejar hoy en vuestros corazones en este *segundo día de la Novena. La lección de querer al otro como es, de quererle a la medida.*

* Querer al otro como es, es quererle con *ternura personalizada*, es quererle a “su medida” y no a “*nuestra propia medida*”. Se trata de querer a la *persona real* –con sus “mases” y sus “menos”– y no al *ser ideal* que, a veces, nos fabricamos del otro. Es, en definitiva, la forma más *incontaminada de egoísmo* que existe en el querer.

* No es fácil, sin embargo, *amar al otro como es*, con esa *desnudez del propio yo*, con esa *desapropiación del tú*, que implica *quererlo desde él y para él*.

* Y no obstante, *amar al otro como es*, constituye la *única forma de amarlo de verdad*. A las personas, o *las queremos como son, o no empezamos a quererlas nunca* (¿cuántos desengaños son resultado de haberse enamorado de un ideal y de no haber sido capaces de ir aceptando al *ser real...*).

* *Amar al otro como es, amarlo a su medida*, supone amarlo *no desde el propio yo, sino desde su tú* (desde él mismo). Sólo así, no hacemos de la persona un “*objeto a nuestra imagen y semejanza*”, acabando por *querernos nosotros mismo en él*.

* ¡Cuán fácil nos resulta convertir a las personas en objeto bajo el manto del amor! ¡Con qué naturalidad tendemos a reflejar –y a veces *idealizar*– en los otros lo que nosotros mismo somos, o lo que nos hubiese gustado llegar a ser! ¡Cuántos fracasos pedagógicos por haber querido hacer de los propios hijos reproducciones *clónicas* de nuestro *ser* o de nuestros *sueños*!

* *Querer al otro como es* supone serle *fiel* de manera plena y para siempre.

* Cuando se ha llegado a querer a la persona concreta desde su identidad, ya no se la deja de querer nunca. Los *arrepentimientos* en el amor denotan de alguna manera *inmadureces egoístas* que han acompañado y empañado nuestro querer.

* Y esa *dimensión personalizante* del amor –necesaria siempre en toda relación humana– adquiere especial importancia a la hora de acoger al otro en momentos de más necesidad (enfermedad/equivocaciones/fallos...).

* Y nada más *La Virgen que quiere a su hijo como es* nos deja hoy la lección de *amar a las personas según su propia necesidad y medida*.

3^{er} día / 21 septiembre 2014

FORTALEZA DEL AMOR

Al poco tiempo de producirse en el Templo la profecía de Simeón, que le descubre a María lo que sería en el futuro su hijo, se produce otro acontecimiento en el que la *Virgen-Madre* nos deja una nueva *lección de amor*.

Si ayer María nos enseñaba a *querer a los demás como son, a quererlos a la medida* hoy nos enseñará a ser *valientes en el amor, a sabérmolos jugar todo* –si es necesario– *por aquéllos que amamos*.

El relato evangélico que ilumina de una manera particular la *lección de amor* que hoy nos ofrece la Virgen es el de Mt. 2, 13-15.

–El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; allí estarás hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarle”. Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y se retiró a Egipto.

* Meditando con detenimiento este *texto bíblico* que acabamos de leer, comprobamos que la actitud que mueve a María y a José a marchar a Egipto *no* es la *actitud temerosa* de quien se esconde, intentando escapar de la realidad, sino la *actitud valiente* de quien afronta con decisión y presteza las dificultades del momento.

* Aunque la tradición habla de *huida*, el contexto nos invita más bien a descubrir en María la *actitud valiente* del emigrante que, por amor a los suyos, es capaz de dejar casa, familia, lugar de origen, todo lo que posee –mucho o poco– para *protegerles* de un presente amenazador o para *procurarles una mañana mejor*. (hoy en día tenemos cotidianos ejemplos de esta actitud que vemos reflejada de

manera especial en esas mujeres embarazadas que desafiando los peligros, se embarcan en inseguras pateras, con tal de alcanzar un mañana mejor).

* Con su *actitud maternal* de jugárselo todo por su hijo, María quiere demostrarnos fundamentalmente dos cosas:

* *Primera*, que la medida de nuestro amor está en relación directa con nuestra *determinación* por *apoyar al otro* siempre, pero de manera especial en los momentos de dificultad.

En esta vida hay personas que suelen estar al lado de los demás mientras no hacen falta, o mientras no tienen que sacrificar nada, pero que desaparecen “como por encanto”, cuando las situaciones se ponen difíciles.

Dicen que es en los momentos de dificultad cuando se aquilatan los quereres y se dan a conocer los verdaderos amores. Dicen que los *amigos de verdad* se conocen porque cuando las cosas te van bien, tienes que llamarlos para que vengan a tu casa, pero que cuando las cosas te van mal, se presentan sin necesidad de que los llames.

* Y así es en la vida, cuando *hay amor*, hay compromiso con la persona amada. Y aunque se la quiere siempre, se la quiere de manera particular cuando está más necesitada. El que ama de verdad está dispuesto siempre a defender al amado, aunque sea a riesgo de su propia seguridad, tranquilidad o bienestar.

* *La segunda enseñanza* que María nos muestra hoy en su actitud de *jugárselo todo* por su hijo es que en esta vida para *amar y crecer* en amor, hay que ser *fuerte* y crecer en la *fortaleza necesaria para afrontar dificultades*.

* Hay personas que “sueñan” con amar y con hacer el bien, pero no despiertan nunca a la *realidad del amor* porque les falta *gallardía* para afrontar los retos que implica *amar*.

* El amor es *encuentro con el otro, a mitad de camino y en libertad* y ese encuentro requiere la suficiente *entereza y gallardía moral* para renunciar a los propios *egoísmos*, para *convertirnos en peregrinos de nosotros mismos*; para salir al encuentro del otro, habiendo hecho un vacío dentro de nosotros mismos para que él lo pueda ocupar...

* El que no sale de su cascarón está condenado a vivir *aislado*. Todos tenemos necesidad de renunciar a nuestros propios *quereres y pensares*, si de veras deseamos *abrirnos a la vida*. El amor es lo único que nos *madura como personas*:

Recordad lo que dice Unamuno:

- *el amor hace de los hombres niños*
- *el egoísmo los aniña*

Pero el amor, para ser real, exige *reciedumbre, capacidad de afrontar* situaciones difíciles y, a veces, dolorosas.

* Hasta hace unos años –más o menos siete– vivíamos inmersos en una cultura –la “*posmoderna*”– que, como todas las culturas tenía sus cosas buenísimas: por ejemplo, la luminosidad y alegría que había cobrado la vida. Se valoraba mucho la *calidad de vida* y el bienestar, se hablaba de la vida humana como algo luminoso. Se valoraba mucho la fiesta, el disfrutar la existencia... Y todo eso, y más, era algo de alabar.

* Pero de repente, vino la *crisis* –esta terrible crisis que ha traído sufrimiento sobre todo a las economías familiares más débiles, y, por

ende, más necesitadas. Y esta crisis –que ojalá superemos pronto– ha tenido o está teniendo también sus enseñanzas.

Por una parte, nos ha hecho conocer la *terrible corrupción* que se había ido enseñoreando de la sociedad y especialmente de sus clases dirigentes que han dilapidado el dinero público y se han llenado con él sus propios bolsillos, sin que, hasta el momento, se haya visto que se aplican medidas eficaces encaminadas, no sólo a pagar la deuda contraída con la justicia, sino también a devolver al erario público lo defraudado.

Por otra parte, además –y aunque ésta sea una enseñanza un tanto dolorosa– nos ha ido haciendo valorar cada vez más el *esfuerzo* que supone afrontar con gallardía un día a día que a veces tiene verdaderos tintes dramáticos. Nos ha ido haciendo superar un tanto esa cultura *light* –de lo *ligero* y de lo *fácil*– a la que nos había acostumbrado la *abundancia* y el *bienestar*. Nos ha ido haciendo ver, en fin, que aunque el “sacrificarse pa ná” continúa no teniendo ningún sentido, es necesario ser fuertes para afrontar las dificultades que puedan presentarse en el camino.

Y aquí termina hoy para nosotros esta gran lección de nuestra Madre –la Virgen a la que acompañamos en este Novenario–: *María que se lo jugó todo por su Hijo* durante toda su vida, pero de modo particular en los momentos más trágicos, nos enseña a *ser valientes en el amor* y *estar decididos a afrontar las dificultades* que se nos presentan en nuestra vida o en la vida de los que verdaderamente decimos querer.

4º día / 22 septiembre 2014

EL SANO ORGULLO DE UNA MADRE

¿A qué madre no le gusta presumir de su hijo? Basta acercarse por una maternidad a felicitar a una nueva madre para darse cuenta del orgullo natural –acompañado de una *infinita ternura*– con que muestra ella a su recién nacido.

* Un hijo es siempre el *regalo más hermoso* que una *mujer* puede recibir, igual que una *madre* ha sido, es y será el *más preciado de los regalos* que cada *persona* puede tener. Y a todos nos gusta, nos encanta, enseñar los regalos que apreciamos y que *nos han llegado al corazón*.

* Y ese gesto natural en toda *madre* que se siente *feliz* de presentar a los demás el *fruto de sus entrañas* lo vemos expresado también –y de forma repetida– en la vida de la Virgen. Son *tres*, al menos, *los momentos en que adquiere un especial relieve y significado*:

* *El primero* se produce antes incluso de que Jesús viniese al mundo. Está narrado en un pasaje evangélico que en días pasados ya meditábamos: la *Visitación* de María a su prima Isabel.

* El papa Juan Pablo II comentando precisamente ese pasaje escribe que *María fue la primera misionera (anunciadora de Cristo) de la cristiandad, pues antes incluso de que Jesús naciese ya lo anunció y llevó a casa de Isabel* (1ª procesión del *Corpus Christi*).

* Y lo hace de *forma silenciosa* –sin hablar–. Ella no dice nada de entrada, se limita a presentarse, a saludar ante su prima. Pero Isabel tiene bastante con *esa presencia*, con ese saludo. El texto de Lucas dice:

—En cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño que llevaba en su seno saltó de gozo y llena del Espíritu Santo, exclamó a voz en grito.... . (Lo que dijo ya lo comentamos el otro día... en pocas palabras —veíamos— *piropeó a su prima* por primera vez en la historia de la salvación... pero *esto hoy no nos interesa*).

* Para presentar a un hijo, a una persona querida en sociedad no hacen falta muchas palabras, pues el amor se anuncia *con todo el ser*. Unas veces basta una mirada; otras, una sonrisa; otras, es suficiente la mera presencia.

* *Un segundo momento* muy significativo de esa actitud maternal de María que se siente feliz de mostrar a los demás su *criatura* lo vemos a poco de *nacer Jesús*, en la adoración *de los pastores*. Una vez más, es el evangelista Lucas quien nos lo cuenta:

—(Tras el anuncio del ángel que les había dicho que acababa de nacer el salvador y que había entonado un sonoro *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz...*). Los pastores —cuenta San Lucas— se dijeron unos a otros: “*Vayamos, pues, a Belén y veamos lo que ha sucedido...*”. Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer a sus padres lo que los ángeles les habían dicho del niño. María y José se maravillaban de lo que los pastores decían. Y María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”.

* En esta presentación del hijo en sociedad, la Virgen se limita a acompañar de cerca de su hijo, a escuchar y a alegrarse y maravillarse por lo que los visitantes decían de él. Es una reacción, la suya, *muy femenina y maternal*. Por otra parte, el cuadro que se produce en aquel pequeño establo de Belén es muy similar al que sucede, como

ya, al principio de esta reflexión se ha dicho, en cualquier habitación de nuestras actuales *maternidades*. La madre, por lo general, habla poco y son los visitantes los que hablan y piropean al recién nacido (parecidos, etc...). La madre se limita, por lo general, a escuchar feliz, con una felicidad que se suele traslucir en la sonrisa que ilumina su rostro.

* *El tercer* –y a mi parecer– el definitivo *momento* en que María presenta a su hijo en sociedad, se produce cuando él ha cumplido ya los treinta años y se dispone a iniciar el *trienio* de vida pública que culminaría con su muerte y resurrección.

* Es otro momento muy singular y significativo. Se produce en Caná de Galilea, en medio de la celebración de unas bodas y nos lo cuenta San Juan 2, 1-12.

* Se trata de las Bodas a la que asistían María junto con su hijo y los primeros discípulos de éste. María se da cuenta de que faltaba el vino y le dice a su hijo: *No tienen vino*. Jesús parece disculparse: *Todavía no ha llegado mi hora*, pero ella no se inmuta y dice a los sirvientes: *Haced lo que él os diga...* . Y se produjo el milagro que todos conocemos, *el agua se convirtió en vino* y todo el mundo alabó las bondades de la milagrosa bebida. Y el evangelista finaliza su relato del hecho diciendo:

–Así en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos. Y después bajó a Cafarnaún con su madre y los hermanos, pero no se quedaron allí muchos días.

* Esta fue la gran presentación en sociedad de su hijo. A partir de entonces, Jesús emprende ya su camino. María continuará vivien-

do su *vocación de madre* con nuevos matices que estos días seguiremos viendo y meditando, pero su papel como *presentadora* de su hijo había llegado a su fin. A partir de Caná, él mismo hará su propia presentación a través de su palabra y de sus signos prodigiosos.

* Pero para *entonces* ya María nos había dejado una gran lección en esa su actitud de saber presentar a su hijo ante los demás. *Una actitud, que por lo demás, vemos representada también en la pequeña imagen de vuestra Patrona, la Virgen de Montiel, quien, orgullosa y alegre muestra ante sus devotos, sostenido en su brazo derecho, a su hijo Jesús.* Una actitud que nos deja hoy como enseñanza dos grandes lecciones:

* *En primer lugar, la lección de la sensibilidad.* Una sensibilidad profunda, y al mismo tiempo “*a flor de piel*”, capaz de percibir las necesidades de quienes están a nuestro lado, sin necesidad tan siquiera de que las expresen.

La sensibilidad para percibir, para sintonizar con los problemas de los demás es una de las grandes virtudes que nos humanizan. Y desgraciadamente es hoy *uno de los valores que no están demasiado en alza.*

El hombre actual se siente un tanto tentado de encerrarse en sí mismo y en su entorno más cercano y a veces va perdiendo capacidad de percibir los problemas de otras gentes que están a nuestro alrededor. La televisión nos tiene a veces tan acostumbrados a desgracias y sufrimientos que, sin darnos cuentas parece como si nos fuéramos *anestesiando* interiormente para *compadecer de corazón* a los que sufren a nuestro lado.

En fin, nos os canso más –que hoy ya me estoy alargando demasiado– la primera lección de María, presentando a su hijo en sociedad es la *lección de la sensibilidad*, que puso ella de manifiesto especialmente en Caná de Galilea.

* Y junto a esa lección, una segunda, también muy interesante. *La lección de saber presentar en sociedad a Cristo.*

Hoy parece que los cristianos nos avergonzamos a veces de declararnos tales. Uno lo aprecia, por ejemplo, en los detalles televisivos. ¡Qué difícil es encontrar alguien que sepa testimoniar con sencillez, sin alardes, pero también sin complejos, su fe!.

No abogo yo por *posturas intransigentes* y ni mucho menos *fundamentalistas*. No quiero defender posturas *que intenten imponer a los demás las propias creencias*. Vivimos en una sociedad pluralista y debemos saber respetar las creencias y posturas de los demás.

Lo único que quiero resaltar –y termino ya– al contemplar hoy de nuevo la *imagen de vuestra Patrona mostrando satisfecha a su Hijo* es que:

–Con nuestra palabra si es del caso, pero sobre todo con nuestra actuación –enraizada en los valores profundamente humanos que Cristo nos trasmite en su evangelio–, con *nuestro testimonio de personas profundamente sensibles y humanas*, sepamos presentar también hoy a Cristo en medio de nuestra sociedad.

5º día / 23 septiembre 2014

AMOR INCONDICIONAL

* Dicen que el único amor verdaderamente *incondicional* que existe en este mundo es el de los padres y de un modo más particular aún, *el de la madre hacia sus hijos*.

* *La incondicionalidad* en el amor –la *absoluta fidelidad* a la persona amada– es una de las consecuencias de *aceptar y amar al otro como es*. Y esta *cualidad del amor* –sobre la que reflexionábamos precisamente el 2º día de nuestra Novena– se da de forma especial en el amor de los padres hacia sus hijos. Un padre y una madre han podido hacerse mil sueños sobre su hijo o su hija y al final encontrarse con que ninguno de esos sueños se ha cumplido. Pero aun así, lo acaban *aceptando y queriendo como es*, simplemente porque es su *hijo*.

* Un hijo, una hija puede fallar a sus padres, pero los padres nunca *fallan a su hijo*. El hijo, siempre los tiene ahí, a su lado, apoyándole, especialmente en los momentos de dificultad. Una madre no acaba nunca de parir, de partir –*de separarse*– de su criatura. Ésta podrá irse todo lo lejos que queráis, pero ella –la madre– siempre se mantendrá cercana a esa su criatura por el afecto y el cariño.

* Y todo esto, que es tan natural y normal en la vida humana y en las relaciones *paterno-filiales*, lo encontramos reflejado también en la existencia de *María y de Jesús* y en las relaciones que entre ellos se establecen.

* Hoy quisiera meditar con vosotros –en referencia a lo dicho– tres pasajes que, sin duda, os sonarán como muy conocidos:

* El *primero* de ellos se produce cuando Jesús tenía doce años y lo cuenta así San Lucas 2, 41-50.:

*—Cuando tuvo doce años subieron ellos, como de costumbre, a Jerusalén, a la fiesta. Y al volverse, el niño... se quedó allí, sin saberlo sus padres. Ellos, creyendo que estaría en la caravana, hicieron una jornada de camino, **buscándolo** entre parientes y conocidos, pero al no encontrarle se volvieron a Jerusalén **en su busca**. A los tres días lo encontraron en el Templo, sentado... escuchándoles... preguntándoles. Todos los que le oían estaban admirados. Cuando le vieron quedaron estupefactos y su madre le dijo: Mira tu padre y yo angustiados te **andábamos buscando**. Él les dijo: ¿por qué **me buscabais**...?.*

* Es este uno de los textos evangélicos en el que mejor quedan reflejados los *sentimientos maternos de la Virgen*. Unos sentimientos que son los propios de todo padre y toda madre ante una situación similar.

* ¿Quién no ha vivido alguna vez una situación parecida ante la *travesura* de alguno de sus niños o niñas que, sin previo aviso, han cambiado su rutina y han despertado la alarma en su entorno familiar, al pensar que les hubiese podido pasar algo grave o sin solución? ¡Qué angustia! ¡Cuán largos se hacen los minutos en tales situaciones! Un hijo o una hija *se han ido* del lado de sus padres, sin previo aviso, y la actitud de éstos *para no fallarle en momento tan delicado* es ponerse a *buscarlo*. Si os fijáis es el verbo que marca todo el relato anterior. Por cuatro veces aparece en él la *acción de buscar*, es como la constante del relato mismo. *Ante la pérdida del ser querido la incondicionalidad del amor cabra toda su expresión en la actitud de búsqueda.*

* El *segundo de los pasajes* que hoy quisiera meditar con vosotros, nos lo relata el evangelista Marcos 3, 31-35 y se produce bastantes años más tarde, cuando Jesús tenía unos treinta y dos años y se encontraba en medio de la *desbordante actividad de su vida pública*.

* Llama la atención –y los que me estáis escuchando lo habéis notado tan bien como yo– que la figura de la Virgen casi desaparece de los relatos evangélicos cuando Jesús comienza su trienio de predicación. De hecho, ayer la contemplábamos *presentando a su hijo en sociedad* en medio de las Bodas de Caná. Pues bien, entre esta presentación y su aparición *al pie de la Cruz* en el monte Calvario – que contemplaremos mañana– la persona de María sólo aparece –y como veremos un tanto de pasada– en el relato que ahora vamos a ver:

–*Un día que Jesús estaba hablando a la gente se presentaron fuera su madre y sus hermanos y trataban de hablar con él. Alguien le dijo: “Oye ahí fuera están tu madre y tus hermanos y desean hablarte”* (Mt. 12, 46-47) (Mc. 3, 31-35).

* *Todos sabemos lo que respondió Jesús: éstos son mi madre... los que escuchan la palabra de Dios... .*

* Lo que ya no tenemos a veces tan presente es que María y la familia más próxima van a buscarle porque como dice el propio evangelio:

–*Sus parientes habían ido a hacerse cargo de él, pues les decían que se había vuelto loco* (Mc. 3,21).

* Ahí está otra vez presente la *incondicionalidad* del amor, cuando los demás atacan y denigran, aparecen los incondicionales,

los que aman a la persona por ser quien es y que se ponen a su lado, sin importarles lo que la gente pueda decir...

* Finalmente *el tercer relato* en el que aparece con claridad cómo María no le falla a su Hijo cuando éste más lo necesita, no lo encontramos en los *evangelios*, pero sí que nos lo trasmite una antiquísima tradición que la Iglesia ha recordado tradicionalmente en una de las estaciones del *Via Crucis*. Se trata del *encuentro de María con Jesús que carga la cruz*. María encontró a su hijo en la calle de la Amargura –como dice aquella antigua tradición– porque se hizo la *encontradiza con él*; se puso por donde él tenía que pasar, para que se produjese el encuentro.

* Aún podríamos encontrar otro pasaje en el que se ve claramente cómo *María-Madre no le falló nunca a Jesús-su hijo*. Me refiero al que representa a *María al pie de la Cruz*, pero ese pasaje – como ya antes os he dicho– lo dejamos para la reflexión de mañana. Por hoy son suficientes los tres que hemos venido meditando para descubrir *la gran lección de amor que nos deja Nuestra Señora y Madre* en este *quinto día de su Novenario*.

* Es la lección de *ser fieles en el amor*, de no fallar a los que queremos, especialmente cuanto más pueden necesitar de nuestro cariño, comprensión o apoyo.

* Y esta lección *de fidelidad, de incondicionalidad*, adquiere, a la luz de la misma figura y ejemplo de María, dos matices muy particulares: *el de saber buscar al que pueda necesitarnos* y *el de saber hacernos el encontradizo con él*.

* Parece que es la misma cosa y sin embargo tiene sus diferencias. En la vida hay momentos en que psicológicamente todos

hemos sentido la necesidad *de sentirnos buscados, de sentir que importamos algo a los demás* y adoptamos actitudes de alejamiento que lo único que pretenden en el fondo es que los demás vengan detrás de nosotros... . Y la verdad es que en el fondo *agradecemos* que así sea.

* Hay otras ocasiones en las que, por el contrario, nos molesta que los demás vengan detrás (*déjame en paz, no seas tan pesado... ¡qué compleja es la psicología humana!*). Pero solemos agradecer, en tales casos que se produzcan *encuentros “casuales”*. Y entonces se trata de hacer posible, de favorecer la “casualidad”.

* En fin hay personas que no quieren *ser buscadas*, pero sí que agradecen *ser encontradas*.

* Saber distinguir una situación de otra pertenece a esa *sabiduría humana* que nace del corazón que ama y que quiere a la persona en su individualidad.

* Pidamos hoy a nuestra Madre y Señora de Montiel esta ciencia. Pidámosle que sepamos buscar a quienes necesitan ser buscados, que sepamos estar cerca de quien en ese momento concreto nos necesita, que sepamos hacernos los contradizos con quienes sienten necesidad de ser encontrados y de encontrarse de nuevo con nosotros, y sobre todo, pidámosle que nuestro amor hacia los que queremos sea cada día más *incondicional* porque cada día aprendamos más a querer al otro desde su personalidad y desde sus propias necesidades.

6º día / 24 septiembre 2014

TODO AMOR ES MISERICORDIA

* Si ayer la meditación sobre María nos llevaba a reflexionar sobre la *incondicionalidad* del amor cuando éste es de verdad, hoy vamos a meditar sobre otra cualidad *natural*, y por lo tanto *imprescindible*, del verdadero amor: *la misericordia*. Una cualidad que por lo demás guarda estrecha relación con la que ayer veíamos de la *inquebrantable fidelidad* y también con la que meditábamos el segundo día de nuestra Novena relativa al “*amor a la medida*”.

* *Misericordia* es siempre *amor personalizado, amor a la medida del amado*.

* Sólo el *amor misericordioso imparte justicia*, pues la verdadera justicia es aquella que se adapta a las *necesidades de la persona concreta*. Aquí no valen los criterios de la justicia distributiva que intenta dar según los *méritos*.

* En realidad sólo *desde el amor*, desde la sabiduría del corazón, se puede ser *justo con la persona*. ¡Qué distinto es, por ejemplo analizar una situación personal, un hecho, desde el cariño, a analizarlo sin cariño, con indiferencia. Ya lo decía *Campoamor: En este mundo traidor...*

* La *misericordia* supone, sin embargo, *amar desde el tú*, poner al otro en el centro, y atenderlo de acuerdo a sus propias carencias.

* A la hora de amar, todos sentimos de alguna forma la tentación de amar desde nuestra propia personalidad, desde nuestros propios gustos e intereses. Sin darnos cuenta nos situamos nosotros mismos, ponemos nuestro “yo”, como centro de nuestro amor y al final a veces lo que *hacemos es, en vez de amar a otro, amarnos nosotros*

mismos en el otro. Sin darnos cuenta intentamos hacer del otro una reproducción clónica de nuestra propia personalidad. (Hay *amores que matan*, dice el refrán).

* En la Biblia tenemos un pasaje que nos pone bien de manifiesto lo que estamos diciendo. Se trata del relato del *Buen Samaritano*. ¿Recordáis cómo se produjo?

* Todo empezó cuando un legista, en su pretensión por encontrar sentido a su vida le preguntó a Cristo que tenía que hacer para ello. Cristo le dijo en definitiva que *amase* y que *viviría*.

* Hasta ahí todo claro. El problema surgió después porque en su afán por *amar al otro*, el legista le volvió a preguntar *¿Quién es mi prójimo?* Fue entonces cuando Jesús le propuso el *cuentecito* del Buen Samaritano y a través de aquel relato le va haciendo ver que el problema no está en *saber quién es mi prójimo*, sino más bien en descubrir cuándo *yo soy prójimo para el otro*. La intención de toda aquella parábola es ayudar al legista a descubrir que para amar hay que *poner la mirada*, no en mi “yo”, sino *en la persona del otro*.

* A lo largo de su vida María supo amar a su hijo con *amor personalizado* –como precisamente hemos venido viendo durante estos días desde distintas perspectivas–, pero este “*amor hecho a la medida*” de su hijo, este *amor misericordioso* se pone particularmente de relieve en el pasaje que hoy vamos a meditar de una forma particular. Nos lo relata el evangelista San Juan 19, 25-27.

–Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer... .

* Es significativo que junto a la cruz de Jesús sólo estuviesen los que se sentían unidos a él por lazos de sangre o de profunda amistad –María, la madre, una tía, el amigo y una amiga–; es significativo que sólo estuviesen los que le querían verdadera e incondicionalmente. Tiene una vez más razón *el refranero* cuando dice que los amores de verdad los *puedes contar con los dedos de una mano y aún te sobran dedos*.

* El *permanecer* junto al que se quiere cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades y cuando todos tienden a abandonarle, es una clara prueba de que se quiere a la persona por lo que en realidad *es*, y no, por lo que ha podido representar en un determinado momento.

* María no aparece en los momentos en que a su Hijo le sonrío la vida y se le acumulan los éxitos. Sabía que entonces estaba muy acompañado por los *oportunistas* que gustan cobijarse y arroparse bajo la gloria ajena, pero aparece cuando, –como veíamos ayer le consideran un “*loco*”– o cuando –como vemos hoy– todos, incluidos los que se consideraban más incondicionales, lo abandonan.

* La *presencia*, la *actitud* de María de permanecer erguida al pie de la cruz de su hijo, al tiempo que nos recuerda la lección de la *fidelidad* e *incondicionalidad* del amor que ayer contemplábamos, nos trae hoy la lección de la *misericordia*, de saber amar más, cuanto más nos necesita la persona amada, de saber extremar más nuestro afecto, cuanto más necesitado esté el otro, de saber amar, en fin, no según nosotros quisiéramos que nos quisiesen, sino *como el otro necesita ser querido* en ese momento concreto, o lo que es lo mismo: *amar, teniendo presente el tú –la personalidad de aquél que amamos– y no exclusivamente nuestro yo*. Cada uno tenemos una forma de querer

y cada uno también entendemos de una manera el “*amor recibido*”. A veces nos empeñamos en querer al otro a “nuestra manera” y lo único que conseguimos es “ahogarle” psicológicamente hablando, dejarle como *sin respiración*. A mí me gusta recordar siempre al respecto el caso de *aquel maestro* que todos los días importunaba y castigaba a su alumno. Y al que el alumno un día, al preguntarle el por qué de aquel comportamiento con él y responderle el maestro con un solemne “recuerda que quien bien te quiere te hará llorar”, acabó diciéndole: “pues, señor maestro, a partir de mañana no me quiera tanto”.

En la vida quien bien nos quiere no busca hacernos llorar, sino que seamos felices. Y cuando toma alguna medida menos agradable con relación a nosotros, lo hace, pensando en nuestra felicidad, que es en definitiva el gran objetivo de todo amor de verdad en su relación con el otro.

* Por lo demás, ese *amor misericordioso* que hoy nos muestra nuestra Madre y Señora, permaneciendo al pie de la cruz de su hijo, amándole más, cuanto más lo necesitaba él, nos enseña también a ser *generosos y compasivos* en nuestro amor.

* El ejemplo supremo de *generosidad* lo tenemos los cristianos en el evangelio, en la persona de Cristo, quien, como dice San Pablo, en el himno de Filipenses:

–*Siendo de condición divina/no retuvo ávidamente/el ser igual a Dios//sino que se despojó de sí mismo/tomando la condición de siervo/haciéndose semejante a los hombres/y apareciendo como tal en su porte.*

* La *generosidad evangélica* es siempre *desapropio*, es saber renunciar a los propios quereres y comodidades para salir al encuentro del otro. Quien vive demasiado *pagado de sí mismo* o demasiado *apegado a sus cosas* es siempre *tacaño* para compartir.

* En un mundo en el que a veces pretendemos hacer feliz al otro con los más variados y costosos regalos, conviene recordar –desde el ejemplo de *María al pie de la Cruz*– que el regalo más precioso, el único que quizá puede satisfacer las carencias, necesidades e insatisfacciones del otro, es el regalo de la propia persona, hecha para él *presencia y compañía*.

* Y junto a la generosidad, la *compasión*. Esa capacidad de empatizar con el otro, asumiendo, con sacral respeto, sus más íntimos sentimientos en el “sagrario” del propio corazón.

* La compasión no busca nunca *hacer al otro parte de nosotros*, sino que tiende a que *nosotros mismos nos hagamos todo para él*. San Pablo expresa esto cuando en su 1ª Co. (9,19-23), dice:

–*Siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío...; con los que están bajo la ley, como quien está bajo la ley...; con los que están sin ley, como quien esta sin ley... . Me he hecho débil con los débiles... . Me hecho todo para todos... .*

* Y hasta aquí llega hoy la lección de amor que María nuestra Madre y Señora nos ofrece en este *sexto día de su Novena*. Pidámosle que Ella –*Madre de misericordia*– que supo amar más a su hijo, cuando su hijo más la necesitó, que supo permanecer presente junto a él cuando casi todos lo abandonaron, que desbordó generosidad y compasión permaneciendo de pie, sin derrumbarse, junto a la Cruz,

nos enseñe a extremar nuestra ternura y cariño con quienes más necesitan de él y sobre todo cuando más lo necesitan; que nos dé la fuerza suficiente para acompañar de cerca de los seres queridos que pasan por dificultades en la vida; que nos haga *generosos* para compartir lo que *tenemos* y, de modo especial, lo que *somos* con quien lo necesite, y que nos dé un *corazón compasivo*, capaz de acoger los sentimientos de los demás y de identificarnos con ellos. *Que Así Sea.*

7º día / 25 septiembre 2014

EL AMOR VENCE A LA MUERTE

* Poco a poco –y durante los seis días precedentes de nuestra Novena– hemos ido recorriendo la vida de María junto a Jesús –la vida de la *Madre* junto a su *Hijo*– hasta dejarlos a ambos en el Monte Calvario. (Uno clavado en la Cruz y la otra, al pie de la misma).

* Hoy queremos detenernos a meditar lo que siente el corazón de la Virgen María en los momentos que siguieron a la muerte de su hijo y la *lección de amor* que nos deja, a pesar de ser tan trágicas las circunstancias.

* Vamos a comenzar por dejar que sean una vez más los evangelios quienes nos sitúen el hecho:

–Había un hombre, llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo –escribe San Lucas (23, 50-56)– que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús y, después de descolgarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía... . Las mujeres que habían venido con él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo. Y regresando, prepararon aromas y mirra. El primer día de la semana, muy de mañana, llegaron al sepulcro llevando los aromas... . Encontraron que la piedra del sepulcro había sido retirada... . Entraron, pero no hallaron el cuerpo de Jesús. No sabían qué pensar de esto, cuando se les presentaron dos varones con vestidos resplandecientes que les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?”... .

* En el relato que acabamos de escuchar se distinguen perfectamente dos *cuadros* que la tradición cristiana ha venido contemplando desde siempre: uno es el del *descendimiento de la cruz* y el otro el de la *sepultura de Jesús*.

* En el *primero de ellos* –el del *descendimiento*–, la tradición ha resaltado la *maternal ternura de la Madre*, acogiendo al hijo muerto. Y posiblemente ha sido el gran artista Miguel Ángel el que mejor ha sabido recoger ese sentir unánime de la tradición, en su famosa *Piedad* (Vaticano). En ella, aparece María –con lágrimas en los ojos, pero con una serena expresión, carente de amargura–, recibiendo tiernamente en su regazo el cuerpo de Jesús, mientras que con sus brazos, al tiempo que acurruca al hijo muerto, parece mantener el abrazo de bienvenida para los otros hijos ausentes. La *Piedad* –tal como la concibe Miguel Ángel– parece ser la madre de una gran familia, cuya capacidad de acogida no se agota nunca, porque sabe que siempre falta algún hijo por llegar.

* Acogiendo cariñosamente en su regazo al hijo muerto, María nos enseña, por otra parte, a expresar nuestro amor a los demás, con el *hálito de la ternura*. A veces, el mayor regalo, ofrecido con brusquedad, produce rechazo, mientras que un pequeño detalle, realizado con ternura, conquista el corazón del otro. Se pueden hacer grandes cosas por el otro, pero si las formas con que las expresamos no denotan de alguna manera que están inspiradas en el cariño, no serán signos creíbles.

* No basta con querer a la otra persona, es imprescindible que *ella se sienta querida*.

* La tierna sensibilidad que manifiesta María en esa escena del *descendimiento de la cruz* es, sin duda, una lección que nos puede

ayudar a comprender que es importante no sólo hacer el bien, sino que hay que hacerlo bien; que es importante, no sólo amar, sino también hacer creíble nuestro amor en los pequeños detalles de la vida diaria.

* La aceptación cariñosa de quienes viven junto a nosotros y el hecho de saberles dispensar siempre –pero particularmente cuando están en dificultad– un trato amable, afable y familiar, puede ser una buena manera de hacer propia esta nueva *lección de amor* que nos ofrece María, recibiendo amorosamente al hijo muerto en su regazo.

* En ocasiones, la mera acogida amable de quien está en dificultad o el mero escuchar, en silencio, pero *con sentimiento*, a quien necesita ser oído y escuchado, puede ser suficiente para que esa persona en dificultad se anime a sobrellevar con otro talante su situación o, incluso, cobre fuerza para superarla.

* Pero junto a la escena del descendimiento, se produce otra –la de la *sepultura de Jesús*– en la que la Virgen Madre nos ofrece otra gran lección de humanidad y amor.

* Llama la atención que el primer día de la semana –el domingo– no se encuentre entre las mujeres que corren al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús, su madre.

* Ese detalle puede indicarnos, entre otras cosas, que para ella –para María– su hijo continuaba vivo.

* Dicen que *para una madre un hijo no muere nunca del todo*. Podrá producirse una separación física, pero una madre siempre lo conservará vivo en su cariño.

* Vista desde esta perspectiva, la escena de la sepultura de Jesús se convierte en el corazón de la *madre* en una *pascua anticipada*. Lo

que las otras mujeres y los discípulos descubrieron al día siguiente cuando el ángel les dijo: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?*, María lo venía viviendo desde el momento que lo recibió en su regazo al bajarle de la cruz. Ella sabía que la tragedia se iba a transformar en alegría. Ella sabía que la vida acabaría venciendo a la muerte.

* Precisamente en ese supremo momento de dolor, María aparece ante nosotros como *Madre de esperanza*.

* Y es esta *lección de la esperanza* la que de una manera particular nos quiere transmitir en la escena.

* *Hay que saber esperar* –nos enseña–, *aun contra toda humana esperanza, en la “renovación” de las cosas y particularmente de las personas*.

* El corazón de quien no cree que las personas pueden cambiar y no espera ya en un mañana mejor, está endurecido para el amor. La *fe* y la *esperanza* sin *amor*, no sirven para nada; pero no existe *amor*, sin *fe* y *esperanza*.

* La fe y la esperanza contribuyen eficazmente a que el hombre, sin dejar de ser realista, sin dejar de ver y valorar las dificultades presentes, siga *madurando en el amor*, sin caer en desencantos o desánimos paralizantes. No hay peor enemigo, en todo proceso humano de crecimiento y maduración personal que la falta de fe y esperanza en un mañana mejor.

* Atisbar luz en el horizonte –aunque sea débil y vacilante– es imprescindible para seguir luchando y esforzándose en la vida. Sólo quien ve el futuro completamente oscuro, “*tira la toalla*”.

* *El esperar* –al estilo de Abraham– incluso contra toda esperanza; el tener una fe “a prueba de bombas” en la capacidad de recuperación de las personas es necesario para seguir “soñando” la vida.

* Pidamos hoy pues a María –a quien hemos contemplado en el Monte Calvario en las escenas del *descendimiento* y de la *sepultura* de su hijo– que nos enseñe a ser *tiernos* y *cariñosos* con aquellas personas necesitadas de mayor comprensión y acogida; que nos enseñe a mostrarnos disponibles para escuchar y atender a los que nos rodean; que nos dé una fe y una esperanza grande para creer siempre en que las personas y las cosas pueden cambiar y siempre puede venir “un mañana mejor”; que nos enseñe a creer, en fin, en que la vida es más fuerte que la muerte y que acaba triunfando siempre, como el mismo Cristo nos enseña en el misterio central y principal de nuestra fe cristiana: *la resurrección. Así Sea.*

8º día / 26 septiembre 2014

MADRE DE LA IGLESIA

* El primer día de nuestra Novena, al meditar cómo María aceptó *ser madre*, veíamos que esa maternidad tenía dos momentos muy definidos. El *primero* de ellos cuando dice *sí* al ángel Gabriel en Nazareth. El *segundo*, cuando en el Monte Calvario acepta el testamento de su hijo que muere en la Cruz y se convierte en madre de todos los *discípulos de Cristo*, representados en Juan.

* Pues bien, hoy, en el penúltimo día de nuestro novenario, vamos a retomar nuestra reflexión sobre la *Virgen-Madre* a partir de esa su *maternidad* espiritual de todo el género humano.

* Tras la muerte, resurrección y ascensión a los cielos de su hijo, Jesús, María continuó acompañando el caminar de la Iglesia por unos años, aunque no sabemos cuántos pudieron ser.

* La Biblia, el *Nuevo Testamento* que centrado siempre en Cristo no fue nunca demasiado explícito sobre la figura de su madre, se vuelve todavía más silencioso a partir del libro de los *Hechos de los Apóstoles* que sigue a los *cuatro evangelios* y sirve como de introducción a todas las cartas apostólicas y al libro de la Apocalipsis.

* De hecho, el libro de los *Hechos de los Apóstoles* –ese libro que algunas llaman, y no sin fundamento, el *evangelio de la Iglesia naciente*– la nombra, aunque sea en una ocasión, pero en un acontecimiento de suma importancia para la primera comunidad cristiana, que sucede al inicio mismo del libro.

* Al introducir su relato, el evangelista Lucas –que es también el autor de este libro de los *Hechos*– dice en su capítulo I:

—Los apóstoles —tras la ascensión del Señor— se volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos... . Y cuando llegaron, subieron a la estancia superior donde vivían... . Todos ellos (y los nombra uno por uno hasta un total de 11, pues falta ya Judas) perseveraban en la oración con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de otros familiares. (Hech. 1, 12-14).

* El acontecimiento —decíamos— fue de suma importancia, pues precedió al día de *Pentecostés* —al día de la venida del *Espíritu Santo* a los cincuenta días de la Resurrección— que marcó el *pistoletazo de salida* para el peregrinar de la Iglesia.

* “Llegado el día de Pentecostés —continúa diciendo el *Libro de los Hechos*— estaban ellos —los que antes hemos dicho— reunidos en aquel mismo lugar, cuando de repente vino del cielo un ruido, como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego... y quedaron llenos del Espíritu Santo”.

* La verdad es que María había tenido ya su particular Pentecostés en la Anunciación, cuando el ángel la saludó: *la llena de gracia*, pero los apóstoles sí que necesitaban esta venida del Espíritu para superar sus miedos y salir *decididos y valientes* de aquella casa en la que se habían encerrado *por miedo a los judíos*.

* A partir de entonces la Iglesia nace y los apóstoles empiezan a extender la *Buena Noticia* por todo el mundo, cumpliendo así el mandato recibido del Señor: “*Id por todo el mundo y haced discípulos míos...*”.

* Y María —la madre de Jesús *acompañó de cerca* aquellos primeros pasos de una iglesia balbuciente. De una iglesia que por

una parte era *idílica* (*tenía un solo corazón y una sola alma y sus integrantes lo tenían todo en común*. Hech. 4, 32), pero por otra parte empezaba también a sufrir sus achaques y enfermedades y a experimentar las primeras disensiones internas:

–Por beber sin discernir el Cuerpo de Cristo –dice Pablo a los primeros cristianos de Corinto– hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles (1Co. 11, 29-30).

–Algunos –añade el propio Pablo– padecen la enfermedad de las disputas, de donde proceden envidias, discordias, maledicencias... ”.

* Vamos que a María le tocó acompañar de cerca una iglesia que, como la de nuestro tiempo, tenía sus “mases” y sus “menos”; era, al mismo tiempo, como en su día dijo ya San Agustín, el gran doctor de la Iglesia: “*Santa y pecadora a la vez*”.

* Y María acompañó a aquella primera comunidad cristiana con *constante cercanía* y con *inmenso amor de madre*.

* Pero un día –como mañana veremos– también a ella le llegó el momento de dejar este mundo. Aunque su marcha –como había sucedido con la de su hijo– no sería *definitiva*. Cristo había dicho: *me voy, pero me quedo entre vosotros*. Y Cristo se fue, pero permanece junto a nosotros a través de su espíritu que se nos comunica en los sacramentos y a través de su presencia eucarística. También María *perpetuó* su presencia entre los fieles y su acompañamiento a la *comunidad* cristiana.

* Y María se ha mantenido permanentemente *presente* en la comunidad cristiana a través del culto y de la devoción de los fieles. Ya en los primeros siglos de la cristiandad el Concilio de Efeso la proclamó *madre del Hijo de Dios* y desde entonces su nombre ha ido

siempre asociado al de su hijo, especialmente en la tradición *católica* a la que nosotros pertenecemos.

* Aún reconociendo que Jesús es el único *mediador* entre Dios y los hombres, la iglesia la ha considerado siempre una especialísima *intercesora*. El propio Concilio Vaticano II proclamó al respecto:

—La maternidad de María perdura sin cesar en la historia de la salvación..., incluso después de subir a los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continua alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación. Por su amor materno — sigue diciendo el Concilio— cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias... . Por eso es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. (Desamparados, Amparo añadiríamos como buenos valencianos)... (L.G. 62).

* Esa *presencia constante* de María se ha puesto de manifiesto de manera especial, por ejemplo, en la *piedad popular* (basta recordar por ejemplo las procesiones de Semana Santa, en las que los pasos de María alcanzan un especial clamor). (También se pueden apreciar en el hecho de que son múltiples los pueblos de España que la tienen como patrona o copatrona. En nuestra *Comunidad valenciana*, por ejemplo, —y gracias a la especial devoción que tenía el Rey D. Jaime a la advocación— son numerosísimas las iglesias parroquiales dedicadas a la *Asunción de Nuestra Señora*). Y junto a esa *piedad popular*, se ha puesto también de manifiesto ese constante acompañamiento de María a la Iglesia peregrina en su indefectible presencia en la *obra evangelizadora*. Los *missioneros* —allá a donde fueron— siempre procuraron transmitir junto al anuncio de Cristo, el amor y devoción hacia su *madre*.

* No en balde el Papa Pablo VI la declaró *Estrella de la Evangelización*; el Papa Juan Pablo II, al hablar de la *Nueva Evangelización*, quiso que también de ésta fuese su *Estrella*, María, la Madre de Jesús, y el Papa Francisco finaliza su Exhortación *Evangelii Gaudium*, diciendo: “Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya”.

* Pero hablando de *títulos marianos* recientes, el que sin duda, ha llegado más al corazón de la Virgen es el de *Madre de la Iglesia* que le concedió el Papa Pablo VI el 21 de noviembre de 1964 en la sesión de clausura de la tercera etapa del Concilio Vaticano II:

–*Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro* –dijo en aquella ocasión en Papa– *proclamo a María Santísima “Madre de la Iglesia”, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios... . Se trata de un título que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, han acostumbrado los fieles todos a dirigirse a María... . La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su particular presencia en la economía de la salvación... .*

* Y para terminar hoy nuestra reflexión, quisiera añadir simplemente que la *presencia constante de María como acompañante del secular caminar de la Iglesia*, se ha ido mostrando también –y de forma *extraordinaria y portentosa*– en las múltiples *apariciones* de la Virgen.

* Difícilmente hay una nación cristiana en la que no exista algún Santuario dedicado a recordar alguno de tales y extraordinarios hechos.

* Aquí, en España, tenemos como Santuario emblemático al respecto, el del Pilar de Zaragoza, que recuerda la única aparición de María, efectuada mientras aún vivía en carne mortal en Nazareth.

* Dentro de nuestra área valenciana tenemos varios *Santuarios marianos* importantes. Casi todos ellos se erigieron para conmemorar el hallazgo de imágenes de María que habían sido enterradas o escondidas por los antiguos cristianos al sobrevenir la invasión musulmana. Entre éstos es digno de resaltarse, por ejemplo, el de la *Virgen del Puig*, Patrona del antiguo Reino, que fue encontrada debajo de una campana, cuando el Rey D. Jaime se disponía a dar el asalto final a la Ciudad de Valencia.

* Pero sin necesidad de ir a ninguna parte, vosotros, los hijos de Benaguacil, tenéis vuestro particular signo y testimonio de la presencia constante de María, de su *cercano acompañamiento maternal*, en esta vuestra *Virgen y Señora de Montiel*.

* Ella une vuestras raíces cristianas con las de aquella primera comunidad cristiana que se estableció aquí desde los primeros siglos de nuestra era... .

* Ella constituye, desde el ya lejano 1620, un *signo más de identidad de vuestra población*.

* Ella ha sido vuestra *protectora, amparo* y sobre todo *Madre* fiel durante casi ya cuatro siglos.

* Y a ella invocáis con renovado y filial fervor cada vez que os veis necesitados, diciéndole:

–Pues trocáis, Divina Aurora

Vuestro monte, en un vergel:

Sed con Dios intercesora

Virgen Madre de Montiel

Y por ella, en fin, realizáis estas fiestas, como dice la canción:

–Hui de goig y de alegría

Benaguacil molt dichós
entusiasmat y obsequiós
fa estes festes a María

De gran recort es el día
que pera la seua gloria
un pastor, com diu la historia
flamechant llum la trova;
y el poble, sempre cristià,
li dedica esta memoria... .

Mare meua del meu cor
posehin tan gran tesor
no tindrem may desventura.

9º día / 27 septiembre 2014

LOS LAZOS DEL AMOR

* Hoy, último día de nuestro Novenario, nos vamos a despedir de María –a quien hemos contemplado durante los ocho días precedentes como *Madre*– recordando el último gran misterio de su vida terrenal que hace referencia –una vez más a su *maternidad* y a la especial y estrecha relación que siempre mantuvo con su hijo.

* Se trata de la *Asunción de María al cielo*. Un misterio que ha estado permanente presente en la devoción del pueblo cristiano. Un misterio, que, como recordábamos ayer, ha tenido una especial resonancia en la *Comunidad valenciana* por influencia directa del Rey D. Jaime. Y un *misterio*, en fin, que el Papa Pío XII elevó en 1950 a la categoría de *dogma*, es decir, de verdad que como católicos, tenemos que asumir y creer.

* Nada nos dice la Biblia sobre el hecho. Las referencias explícitas a María en el *libro santo* concluyen con la imagen que de ella contemplábamos ayer reunida junto a los apóstoles en el cenáculo el día de Pentecostés.

* Con todo, las más antiguas tradiciones de la Iglesia y algunos escritos *apócrifos*, sí que han recogido un hecho –del que, sin ir más lejos, el propio pueblo valenciano tiene su particular versión perpetuada en ese *Misteri d'Elch* que es hoy en día Patrimonio cultural de la humanidad.

* Cuenta la tradición que, concluido su peregrinar por este mundo, María quedó *como dormida* y los ángeles, tomándola entre sus brazos, *la subieron al cielo*.

* Lo que *aquí y ahora* nos interesa, sin embargo, no son los pormenores del hecho –que pertenecen como se ha dicho a antiguas tradiciones conservadas en el patrimonio de la fe del pueblo cristiano– sino el significado que tal hecho tiene para nosotros.

* El encuentro –mejor dicho el reencuentro– de María y de Jesús después de que ella fuese llevada en cuerpo y alma al cielo, nos lo podemos *imaginar* –y no creo que esté lejos de la realidad– como un *emocionado y afectuoso abrazo entre la Madre y el hijo* después de algún tiempo de alejamiento físico.

* Y ese *abrazo* –más allá de todos los sentimientos de ternura y afecto que nos puede suscitar– tiene para todos los creyentes un especialísimo significado. Simboliza la *esperanza* –hecha ya realidad en el misterio– de que todos estamos *llamados a la vida*, a la *resurrección*, tras nuestro peregrinaje por este mundo.

San Pablo ya lo proclama abiertamente en uno de sus escritos:

–Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo ¡somos los más desgraciados de todos los hombres! ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que murieron. Y así, como por un hombre –Adán– vino la muerte, por otro hombre –Cristo– ha llegado la resurrección de los muertos. (1Co. 15, 19-23). Si morimos con Cristo, viviremos con él (Rom. 6,8), pues si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús. Os decimos esto como Palabra del Señor: Nosotros, los que aún vivimos –continúa diciendo San Pablo– no aventajamos a los muertos, pues el mismo Señor, a la voz del ángel y al son de la trompeta, bajará del cielo y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después los que todavía viven, serán arrebatados en la nube juntos con

ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras (Tes. 4, 13-18).

* Ahí queda recogido el misterio central de nuestra fe que como decíamos se realiza plenamente en María, como *anticipo* de la realización que tendrá un día en cada uno de nosotros. Por eso la Virgen-Madre en el misterio de su *Asunción a los cielos* en cuerpo y alma es *Madre de la esperanza*, pues en Ella contemplamos, ya realizada, la *resurrección* que en Cristo *nos está reservada*.

* Desde esa perspectiva el *abrazo de Jesús y María* tras la Asunción de la madre junto al Hijo es motivo de inmensa alegría para todo el pueblo cristiano y cada vez que lo recordemos debe llenarnos regocijo.

* Mañana se nos presentará un motivo especial para recordar una vez más ese misterio, en la procesión con que tradicionalmente finalizan nuestras *fiestas patronales*. En esa pequeña peregrinación acompañaremos a Nuestra *Madre y Señora de Montiel* a su casa, después de un tiempo “de vacaciones” que, como todos los años, ha querido pasar junto a sus hijos.

* En ese *subir* a Montiel, a vuestro particular *Tabor* —como poéticamente lo denomináis en la breve historia versificada en valencià que tenéis— simbolizaréis otra vez, de alguna manera, su *ascensión* al cielo.

* María, de nuevo, va a ser elevada a la altura. De nuevo tendréis un motivo para recordar el cariñoso abrazo que Madre e Hijo se dieron en su reencuentro y de nuevo tendréis también la ocasión de renovar vuestro credo en la *vida*, que es el misterio central de nuestra fe.

* Revivid vuestra fe en esta *vida temporal* y pedid al Señor, por medio de su Madre y Señora nuestra de Montiel, que os dé a vosotros y a vuestros seres queridos *salud y felicidad* para el año que transcurrirá hasta que ella vuelva a bajar a su pueblo.

* Y revivid también vuestra fe y esperanza en *la resurrección* final. Pensad que la felicidad que aquí podemos experimentar es anticipo de la definitiva felicidad que nos está reservada para un *más allá*, del que no sabemos los “detalles”, pero en el que creemos “de corazón”.

* Al llegar allí hagamos nuestros los sentimientos que en su himno le cantamos:

Mare nostra es la Verge María,
a ses plantes d'amor tremolem,
munten himnes al çel cada día,
tots units ses lloanres cantem.
Verge de Montiel gloriosa,
Esperança i dols record.
Nostra estrella lluminosa
en la vida i en la mort
Baix vostre mant, Mare amada,
nos congreguem vostres fills
i Vos, Oh Reina estimada,
nos lliureu de tots perills

* Y antes de volvernos a nuestras casas abracémonos a ella, como su Hijo la abrazó al verla de nuevo, y en nuestro sentido “adiós” prometámosle emocionados que nos la llevamos en el corazón, y que no olvidaremos subir, de cuando en vez, a saludarla en su Templo.